

*Biblioteca
de bolsillo*

Luigi Pirandello

**EL HOMBRE,
LA BESTIA
Y LA VIRTUD**

CLÁSICOS
Y
MODERNOS

TEXTOS COMPLETOS

Pirandello, en esta comedia de líos, critica la clásica comedia burguesa y a pesar del carácter eminentemente cómico de la obra, en el fondo aparece un subtexto mucho más serio, una reflexión sobre todo lo que estamos obligados a hacer por no romper las convenciones que impone la moral de nuestra sociedad.

EL HOMBRE, LA BESTIA Y LA VIRTUD

De Luigi Pirandello

INTRODUCCIÓN

Pirandello, en esta comedia de líos, crítica la clásica comedia burguesa y a pesar del carácter eminentemente cómico de la obra, en el fondo aparece un subtexto mucho más serio, una reflexión sobre todo lo que estamos obligados a hacer por no romper las convenciones que impone la moral de nuestra sociedad.

Paolino es un profesor respetable que esconde un secreto: está enamorado de la señora Perella, la madre de uno de sus alumnos, casada con un marido que lleva una doble vida cuando no está en la ciudad. Cuando la mujer descubre que está encinta de Paolino, éste, para evitar el escándalo, se verá obligado a organizar un encuentro erótico entre la esposa y el marido, un marinero rudo como un animal que hace años que rehúye sus deberes conyugales. Paolino, el marinero y la señora Perella, o lo que es lo mismo, el hombre, la bestia y la virtud vivirán, aquella noche, una cena inolvidable.

PERSONAJES

El transparente señor Paolino, profesor particular.

La virtuosa señora Perella, esposa del Capitán Perella.

El doctor Nino Pulejo.

El señor Totó, farmacéutico, su hermano.

Rosaria, ama de llaves del señor Paolino.

Giglio y Belli, estudiantes.

Nonó, muchacho de 11 años, hijo de los Perella.

Grazia, sirvienta de casa Perella.

Un Marinero.

La acción en una ciudad marítima cualquiera. Época actual.

ACTO PRIMERO

ESCENA I

Rosaria y el señor Totó.

Habitación modesta de estudio y de recibo en casa del señor Paolino. Escritorio, estanterías llenas de libros, sillones, etc. Las habitaciones están a la izquierda. A la derecha, una puerta; en el fondo, otra que da a un cuartito con poca ventilación y casi oscuro.

Al alzarse el telón la habitación está en desorden. Hay varias sillas en medio de la escena, unas sobre otras, patas arriba; los sillones están fuera de sitio, etc. Entra por la izquierda Rosaria, con la cofia en la cabeza y el cabello recogido todavía en bigudíes; lo lleva teñido con una horrible pomada casi roja. Tiene el aspecto estúpido y petulante de una gallina vieja. La sigue el señor Totó, con el sombrero puesto y cuello vuelto de clérigo. Tiene aspecto de zorro sumiso. Se frota continuamente la barbilla con las manos como si quisiera lavárselas en la fuente de su gracia torpe y dulzona.

Rosaria: Perdone, pero ¿por qué quiere usted entrar en la casa todas las mañanas? ¿No ve que está todavía en desorden?

Totó: ¿Qué importa? ¡Por mí, querida Rosaria...!

Rosaria: (Con un estallido de cólera, volviéndose como si quisiera darle un picotazo) ¿Cómo, que qué importa?

Totó: (Sin moverse, con una sonrisa de vanidad) Digo que yo no me fijo... Le dejo la llave para que la entregue a mi hermano el doctor, en cuanto regrese, ¡el pobre!, de su guardia nocturna en el hospital.

Rosaria: Está bien. Podría dármele en la puerta, esa llave, y marcharse.

Totó: Para mí es una agradable costumbre, esta de...

Rosaria: ¿Una costumbre agradable? ¡Diga mejor un mal vicio!

Totó: Me trata mal, Rosaria...

Rosaria: ¡Tengo trabajo! ¡Tengo trabajo! ¡Y usted me fastidia! ¿no lo comprende? Ando todavía así... (señala los bigudíes del cabello) ¿Y no ve como están las sillas? La casa, cuando es honrada, tiene también sus pudores; como la mujer, cuando es honrada.

Totó: ¡Oh, lo creo, lo creo perfectamente! Y me gusta tanto oírsele decir así...

Rosaria: ¡Ya! Lo cree, le gusta y, no obstante..., ¡lo viola!

Totó: (Como horrorizado) ¿Yo? ¿Qué es lo que violó?

Rosaria: ¡Sí, señor! ¡El pudor de la casa!

(Mientras dice esto pone de pie las sillas que estaban volcadas y baja con grotesco pudor las faldas de las fundas que las cubren, como si ocultase las piernas de una hija suya) Dios sabe el cuidado que yo tengo con un dueño que...

(Hace con la mano un gesto de lamentación, indicando la puerta) Hasta las sillas escaparían, si pudieran, sí, señor, para no tener que oírle siempre furioso... Yo, antes que ser silla de esta casa, preferiría serlo de uno de aquellos que venden ungüentos por las calles y se suben encima.

(Alzando nuevamente una mano hacia la puerta de la derecha) ¡El muy torpe! ¡Las agarra así! (Agarra una silla por el respaldo) Cuando está rabioso las sacude, las tira al suelo, incluso...

Totó: Pero usted las quiere como si fuesen sus hijas...

Rosaria: Quisiera tenerlas tan cuidadas y pulidas como novias en el día de la boda. Yo me encariño mucho con las cosas.

Totó: ¡Ah, quien tuviera una casa...!

Rosaria: Pero, ¿es que usted no tiene casa? Lo que no quiere tener es criada.

Totó: Pero por casa entiendo una familia, mi buena Rosaria.

Rosaria: ¡Pues cácese, entonces! O tome una ama de llaves afectuosa. Casarse sería un bien incluso para su hermano el doctor.

Totó: (Rápidamente, con horror) ¡Ah!, él, mi hermano, sí que... Le juro que me alegraría mucho si se casase. Pero no se casa. No se casa porque estoy yo.

Rosaria: ¿Qué tendría que ver? ¿Acaso puede usted hacerle de esposa, a su hermano?

Totó: ¡No! Pero es porque estoy en todo, ¿comprende? Por esto él no siente ninguna necesidad de casarse. Más tarde volverá de su guardia nocturna y vendrá aquí a pe-

dirle la llave y lo encontrará allí todo en orden, arreglado, con todas sus necesidades previstas...

Rosaria: ¡Ah, es cómodo para él!

Totó: Lo hago de todo corazón, créame. Para mí, mi hermano lo es todo. La casa es para él, no para mí...

Rosaria: Ya, porque usted está todo el día en la farmacia...

Totó: No, no es por esto. También él, pobre, está todo el día por ahí, con sus visitas... La casa, querida Rosaria, créame a mí, no es nunca la que creamos nosotros, la que nos cuesta tantas preocupaciones y tantos cuidados. La casa, aquella casa cuyo sabor notamos cuando se dice casa... un sabor que en el recuerdo es tan dulce y tan angustioso, la verdadera casa, en fin, es la que otro monta para nosotros; me refiero a nuestro padre, a nuestra madre, con sus preocupaciones y sus cuidados. Y también para ellos, ¡para nuestro padre y para nuestra madre, la casa, la verdadera casa, ¿cuál era? Pues la de sus padres, no ya la que ellos montaron para nosotros...! Y siempre así... ¡Ah, aquí está Paolino!

ESCENA II

Dichos y Paolino.

El señor Paolino entra precipitadamente por la puerta de la derecha. Es un hombre de unos treinta años, y de gran vivacidad nerviosa que nace de su carácter. Todas las pasiones, todas las emociones del ánimo se transparentan en él con una claridad que impresiona. Tiene súbitos esta-

llidos y cambios de tono y de humor. No admite réplica y corta en seco.

Paolino: (Al señor Totó) Querido...

(Se vuelve súbitamente hacia Rosaria) ¿Todavía no le ha servido el café? ¡Pues sírvaselo, por Dios santo! ¿Con cuánta charla quiere que se la pague, cada mañana, la taza de café que le sirve?

Totó: ¡Oh, Dios mío, no, Paolino! No vale la pena.

Paolino: Totó, hazme el favor; no seas hipócrita además de tacaño.

Totó: Era yo quien estaba hablando de...

Paolino: (Interrumpiéndole) De la casa, hace media hora que hablas de la casa; te he oído desde allá; de la poesía de la casa.

Totó: Es que es una poesía que siento de veras...

Paolino: No digo que no. Pero te sirves de ella para disfrazar decentemente tu tacañería delante de ti mismo.

Totó: No...

Paolino: ¡Es como te lo estoy diciendo! Tanto es así que apenas Rosaria te habrá dado el café te marcharás frotándote las manos por la escalera, contento de la tacita de café que vienes a sonsacarme cada mañana con tus charlas poéticas.

Totó: ¡Ah, si lo crees así...! (Mortificado, hace ademán de marcharse)

Paolino: (Agarrándolo por un brazo) ¿Cómo? ¡Tú ahora te tomas el café, como dos y dos son cuatro! Si lo creo así es porque es la verdad.

Totó: ¡No, no!

Paolino: ¡Sí, sí! Y precisamente porque es la verdad debes tomarte el café.

Totó: ¡No lo tomo, no señor!

Paolino: (Con ímpetu creciente) ¡Dos cafés, tres cafés! Porque ahora te los has ganado con el desahogo que me he dado, ¿comprendes? Cuando una cosa se me queda aquí... (indica la boca del estómago) querido, estoy aviado. Te lo he dicho, ahora pago. ¡Puedes contar con un café al día! Ahora vete.

(Lo empuja fuera como si fuese asunto concluido; y al ver que Totó hace ademán de dar la vuelta, prosigue:) ¡No, vete, vete sin darme las gracias!

Totó: No, no te doy las gracias, pero preferiría que me lo hicieras...

Paolino: (Con ligero sobresalto de irritación) ¿Pagar?

Totó: (Humilde como siempre:) A fin de mes, tal como te lo he propuesto.

Paolino: ¿Crees que soy un cafetero? ¿Crees que mi casa es un café?

Totó: Es que yo, en casa, no tengo quien me lo haga, ¿comprendes? Tú tienes a tu ama de llaves. No haces el café para mí, para servírmelo a mí. Lo haces para ti. Haces una tacita más y yo te la pago.

Paolino: ¡Ya! Es como si me casase, como si tomase mujer. No la tomaría para ti, para vendértela. La tomaría para mí. Pero podría cedértela, ¿comprendes?, sólo cinco minutos cada día. ¿Te parecería bien? ¿Qué importancia tienen cinco minutos?

Totó: (Sonriendo) ¿Qué tiene que ver la mujer...?

Paolino: (Rápido) ¿Y el ama de llaves?

Totó: (Sin comprenderlo) ¿Cómo?

Paolino: (Gritando) ¡Pero el café no se hace solo! ¡Se necesita el ama de llaves para hacer el café! ¡Animal! ¿Por qué crees que un obrero es más rico que un profesor? Porque un obrero, si quiere, puede hacérselo todo él mismo, mientras que un profesor, no; un profesor necesita un ama de llaves.

Rosaria: (Interviniendo, meliflua y persuasiva) Que lo sirva, lo cuide y haga cuanto sea necesario para su comodidad...

Paolino: (Comprendiendo la hiel de aquella miel, para cortar por lo sano) ¡Dejémoslo correr! ¡Dejémoslo correr!

Rosaria: (Resentida y en tono de reprobación) Para que fuera de casa no le vean desaliñado.

Paolino: ¡Mil gracias! (A Totó) ¿La oyes? Entonces, ¿yo tengo que llorar las consecuencias de la suerte de ser profesor y tú las consecuencias de la suerte de ser farmacéutico, no? ¡Vete al diablo! Está bien, Rosaria; por hoy, dale el café; pero a partir de mañana... ¡nunca más!

Totó: Perdona, pero me has llamado incluso animal...

Paolino: ¡Ah, ya! Está bien. Déselo también mañana. ¡Pero vete! ¿Querrías que te abrumase a insultos para obtener tú una taza de café por cada uno de ellos?

Totó: No, no, me voy... Gracias, Paolino.

Sale con Rosaria por la puerta de la izquierda.

ESCENA III

Paolino, después Giglio y Belli.

Paolino: ¡Dios mío qué gente! ¡Dios mío, qué gente!
¿Cómo puede ser? ¿Todo el mundo es así?

Giglio: (Desde dentro) ¿Con permiso, señor profesor?

Paolino: Ah, aquí está ya la primera clase. ¡Adelante!

Entran con los libros bajo el brazo y una bufanda al cuello (una roja, la otra azul), Giglio y Belli. Tienen ambos un aspecto bestial que consuela: Giglio, de macho cabrío negro, y Belli, de mona con gafas.

Giglio: Buenos días, señor profesor.

Belli: Buenos días, señor profesor.

Paolino: Buenos días, señores. Siéntense. (Les indica el escritorio)

Giglio: (Sentándose) Gracias, señor profesor.

Belli: (Sentándose) Gracias, señor profesor.

Paolino: (Sentándose también y haciéndoles sendas inclinaciones, primero a uno y luego a otro) No hay de qué, querido Giglio. No hay de qué, querido Belli.

(Les mira y suelta un bufido de exasperación)
¡Oh...! (Se coge la cabeza entre las manos) ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Creo verdaderamente que dentro de poco no me será posible vivir entre los hombres!

Giglio: ¿Por qué, señor profesor?

Belli: ¿Lo dice por nosotros, señor profesor?

Paolino: (Volviendo a mirarlos con ira contenida) ¿Pero, cuántos años tienen ustedes?

Giglio: Dieciocho, señor profesor.

Belli: Diecisiete, señor profesor.

Paolino: (Moviendo la cabeza al contemplar su aspecto bestial) ¡Y ya son hombres los dos! Díganme: ¿cómo se dice «comediante» en griego?

Giglio: ¿En griego?

Paolino: ¡No, en árabe! ¡No lo sabe! (A Belli) ¿Y usted?

Belli: ¿Comediante? No lo recuerdo.

Paolino: ¡Ah, no lo recuerda! Quiere decir que antes lo sabía, ¿verdad? ¿Y ahora no lo recuerda?

Belli: No, señor. No lo he sabido nunca.

Paolino: ¡Ah, así se dice! (Silabeando con claridad) ¡No-lo-sé! ¡Pues se lo enseñaré yo! Comediante, en griego, se dice *upocrités*... ¿Y por qué *upocrités*?

(A Belli) Usted... ¿qué hacen los comediantes?

Belli: Pues... hacen comedia, supongo.

Paolino: ¿Supone, eh? ¿Pero no está seguro? ¿Y porque hacen comedia se llaman hipócritas? ¿Le parece justo llamar hipócrita a una persona porque hace comedia por profesión? ¿A quién llama usted así, a quién da este nombre que los griegos daban a los comediantes?

Giglio: (Como si de repente se hiciese la luz en su espíritu) ¡Ah! A uno que finge, señor profesor.

Paolino: ¡Exacto! A uno que finge, como un comediante, por ejemplo, que finge un papel, de rey, digamos, cuando no es sino un pobre andrajoso; u otro papel cual-

quiera. ¿Qué mal hay en ello? ¡Ninguno! ¡El deber! ¡La profesión! ¿Cuándo está mal, en cambio? Cuando no se es hipócrita por deber, por profesión, sino por gusto, por perversidad, por engaño, por costumbre... o incluso por educación... ¡Sí!, porque ser educado quiere decir ser, por dentro, negro como el cuervo, por fuera, blanco como una paloma; en el cuerpo, hiel; en los labios, miel. Y ser educado es también entrar aquí y decir: «¡Buenos días, señor profesor!» en lugar de «¡Vaya usted al diablo, señor profesor!»

Giglio: (Pegando un brinco) ¡Perdone...! ¿Qué dice usted?

Belli: (ídem) ¿Tendríamos que decirle: «Vaya usted al diablo»?

Paolino: ¡Lo preferiría, se lo aseguro! ¡Lo preferiría! ¡Ya que no puede ser así, por lo menos, no digan nada, Dios Santo!

Giglio: ¡Ya! Y entonces diría usted: ¡Qué mal educados!

Paolino: ¡Justísimo! Porque la educación quiere que se deseen los buenos días a uno a quien con gusto se mandaría al diablo; y ser bien educado quiere decir precisamente ser comediante. *Quod erat demonstrandum*. ¡Basta! Toca Historia, hoy, ¿verdad?

Belli: (Resentido) Pero, señor profesor, perdone que...

Paolino: ¡Basta, he dicho! La digresión queda cerrada. Esta educación, hijos míos, esta educación está acabando con mi estómago. ¡Se acabó, se acabó la digresión! Empecemos con la Historia. Usted, Giglio. (Se oye llamar a la puerta) ¿Quién es? ¡Adelante!